

“Cartucho” (Parte II)

Autor: Manolo Campa

A continuación, un sumario de la primera parte de “Cartucho”, una crónica de las peripecias de un gato que se vio en grandes aprietos por errores ajenos:

Cuando “Cartucho” decidió dejar de ser parte de una cría de gatos para ser “el gato” de alguien, escogió sabiamente al que sería su dueño. Se fijó en las reacciones del candidato al contacto con su pelambre... sus ronroneos... su rabo flaco que levanta como barrera de cruce de ferrocarril cuando la mano que lo acaricia va llegando a la parte donde el lomo cambia de nombre.

De los cinco chicos de aquella familia, decidió que su dueño sería el que más tiempo podía dedicarle, el que no tenía que ir al colegio, hacer tareas escolares ni mantener su cuarto limpio y recogido... este, el seleccionado, era el más pequeño de todos, el de ojitos azules.

En las primeras horas de la mañana de un sábado, la familia saldría de viaje, sin llevar a “Cartucho”. Esto preocupó a su dueño. Con dulzura convenció a su abuelo, un inflexible profesor universitario, retirado, que accedió a la petición almibarada del nietecito.

La abuela se opuso a que “Cartucho” anduviese suelto por la casa y lo encerró en el “estudio” del profesor. ¡Primer error! Sin pensar en las consecuencias, le dio al gatico, migajón de pan enchumbado en café con leche. ¡Grave error número dos!

Comienzo de la segunda parte: A la noche de los hechos le siguió la mañana de los pesares. La casa amaneció envuelta en unos olores inconfundibles que eran “feos” presagios de que algo había ocurrido. Los temores del “profesor” –acentuado así, a propósito- dejaron de serlo, se hicieron realidad, cuando pudo ver y oler, el triste estado en que había quedado su “estudio”, la habitación donde guarda con esmero documentos de gran valor.

Haciendo grandes esfuerzos para no perder la cordura, y colocando una pastillita medicinal debajo de su lengua como medida para prevenir un infarto, siguió recorriendo con la vista el desastre que “Cartucho” había causado.

Un volcán con lava maloliente había hecho erupción allí durante la noche. Una lluvia con fragancia a micción de gato, había mojado sus preciados papeles. Aquel lugar cumplía los requisitos necesarios para ser declarado “Disaster Area” y obtener la ayuda federal que se otorga a los lugares destruidos por la furia de los elementos.

Con la presión arterial bajo control por la pastillita que se disolvía debajo de su lengua, dio media vuelta y emprendió la retirada con el dolor del derrotado que va en busca de refuerzos. Con el rostro sombrío, la voz entrecortada y apuntando con el

dedo, sin mirar hacia donde indicaba, envió a su mujer a verificar los daños que "Cartucho" había hecho.

La abuela encontró al gato dormido sobre unos papeles hechos tiritas. El documento histórico donde se acomodaba, había sido la primera página de un periódico impreso en el año mil ochocientos sesenta y ocho. Era pérdida total, imposible de ser devuelto a la forma que tenía antes de haber sido "tiritizado" por "Cartucho".

Otros documentos sobre los cuales "Cartucho" se ... sintió enfermo: Una Real Cédula firmada por un Gobernador General nombrando al tatarabuelo del profesor para algo digno de ostentar. Otros documentos de antaño en miserable estado: Actas y nombramientos con firmas de reyes y almirantes ilustres... cartillas mercantiles de gran valor para historiadores y estudiosos de la materia... copias fotostáticas de discursos manuscritos por oradores destacados del siglo XIX... y varias "páginas de la historia", imposibles de leer.

El café con leche que a la abuela ayuda a dormir, a "Cartucho" lo desveló con necesidades urgentes de salir al patio en busca de tierra floja donde depositar sus angustias. Pero aquel territorio era desconocido para él: No había patio, ni tierra, ni arena, ni puerta abierta por donde salir, como hubiese salido cualquier gato a buscar los exteriores para no lastimar las sensibilidades de los humanos.

En la mañana siguiente a la madrugada de los acontecimientos, algo insólito pudieron observar los vecinos: en el patio, el "profesor" con una manguera en una mano y un pañuelo en la otra tapándose la nariz, rociaba con agua unos papeles prendidos en la tendedera con unos palitos de colgar ropa.

"Cartucho" se salvó del destierro por ser su dueño el nieto de un abuelo apasionado por los estudios históricos, pero pasión que no se acerca en mucho, al amor que siente por su nietecito de ojos azules.